

MODERNIDAD, DEMOCRACIA Y COMUNICACION

Jorge A. Calles S*

Afectado como está México por los múltiples cambios que en él se registran en aras de trasladar la vida de sus esferas económicas, política, ideológica y social hacia la multinombrada y etérea *modernidad*, me parece altamente pertinente que este Encuentro Nacional tenga por preocupación el debate de las relaciones que existen entre la Democracia y la Comunicación. Esto, por varias razones:

a) han sido escasos los debates en que hayan participado académicos de la Comunicación, en torno a la temática que nos ha congregado aquí en Tampico;

b) la importancia de los cambios que se están registrando en el mundo y, particularmente, en nuestro país, exigen que la discusión sea amplia y que se propicien centros de debate permanente que estén alimentando la toma de decisiones, cualquiera que sea el nivel en el que ésta ocurra;

c) las propuestas que los diferentes ponentes hemos traído a este puerto, han sido, están siendo y seguirán estando sustentadas ante un público muy importante: los integrantes de los cuerpos docentes y estudiantes de la gran mayoría de las escuelas de Comunicación en México.

Desde esta perspectiva, me complace participar en esta mesa con el objetivo de traer algunas reflexiones y de plantear algunas interrogantes derivadas de ellas, para llamar la atención sobre cuestiones relevantes de los procesos de comunicación social en los momentos de cambio actuales. Parto, para ello, de la premisa nada sorprendente para nosotros los estudiosos del campo de la Comunicación, de que lo que la población de México conceptualiza, observa y debate respecto de la modernización no es otra cosa que lo que yo llamo '*objetividad subjetivizada*' que surge en los medios de comunicación

* Universidad de las Américas, Puebla.

y que produce un *capital intersubjetivo* de hechos, conceptos y creencias que se convierten en el soporte del conocimiento y la discusión de buena parte de la población y alrededor del cual no necesariamente existe consenso.⁽¹⁾ Y lo traigo a la discusión, porque indudablemente que una buena parte de esa población a la que me he referido lo constituyen dos grupos que, para fines de la temática que corresponde a esta mesa y de los que en este momento hacen el favor de escucharnos, son tremendamente importantes: los comunicadores mismos que laboran en los medios de comunicación y los profesores y estudiantes de Ciencias de la Comunicación.

A reserva de que lo sustenten algunas investigaciones académicas, me atrevería a afirmar que en México, no obstante que día a día se multiplican las publicaciones periódicas y que se incrementan las emisiones noticiosas en radio y televisión, no contamos con información seria, profunda, concienzuda y honesta acerca de lo que está ocurriendo en el planeta y en nuestro país. Corresponderá a los estudios de análisis de contenido y de análisis de los procesos de creación de noticias determinar en qué medida esto que aquí sugiero es cierto y, también, intentar algunas explicaciones de por qué ocurre, en caso de que realmente sea así. En este sentido mi propuesta es que la necesidad que tiene nuestro México de avanzar hacia la democratización requiere que los medios de comunicación social, en tanto fuentes importantes de cultura política, se conviertan en instrumentos democratizadores, desde la práctica ética y honesta de la responsabilidad social que implica incidir en la intersubjetividad a que hemos aludido, base de esta cultura política que nos ocupa. Es decir, democratizar requiere la formación de una cultura política democrática -que México no tiene y cuya inexistencia se hace presente también en muchos de nuestros medios informativos. Por ello es que celebraba yo al inicio de la charla, la reunión de académicos para debatir estas cuestiones, pues me parece que el debate sobre la Democracia y la Comunicación queda incompleto si nos ocupamos únicamente de los sistemas de propiedad de los medios y del acceso de grupos sociales a ellos para incrementar el número de voces. Quiero recalcar, para evitar malas interpretaciones, que no me parece incorrecta la discusión acerca de la ampliación del acceso de los medios en tanto emisores. Por el contrario, si desde tiempo atrás ésta ha sido un problema que me ha parecido harto relevante, creo que en las circunstancias actuales lo es más. Pero lo que quiero resaltar es que eso no

basta. El acceso es condición necesaria pero no suficiente. Si los nuevos actores comunicadores arriban a los medios con la misma cultura política autoritaria que nos caracteriza, el acceso sólo nos garantizaría que tendríamos *más de lo mismo*.

MODERNIDAD Y DEMOCRACIA

La década de los ochenta golpeó al mundo con su realismo. La multiplicación de gobiernos conservadores en los países más importantes de Occidente que tenían por principal preocupación poner en orden sus economías y, que por la misma razón, endurecieron sus posiciones respecto de los países en vías de desarrollo, fueron acorralando y dando muerte a las aspiraciones tercermundistas de un nuevo orden económico internacional, tal como se había imaginado y planteado durante el auge del populismo en la década de los setenta. De esta forma, en el Tercer Mundo y especialmente en América Latina, las condiciones de vida de la gran mayoría de la población del subcontinente se vieron seriamente mermadas. Pero no sólo eso, se inicia una era de creación de bloques económicos como paso hacia la globalización de la economía que llega a tener implicaciones en el mundo socialista.

En este contexto, México pasó la mayor parte de la década de los ochenta sujeto a las obligaciones de sanear su economía. Desde 1982 México fue metido al 'realismo económico' y desde 1988 está buscando la 'modernización'. Al final de la década, las elecciones de 1988 dejaron ver que la población estaba ya ansiosa de un cambio, pues por las razones que fueran ('la burocratización' y 'la corrupción' para sectores de la izquierda, 'la esencia misma de la Revolución' para grupos de derecha o 'la situación de dependencia' agravada por las interminables 'crisis coyunturales de la economía internacional' según la versión oficial) las promesas de bienestar generalizadas que habían hecho los gobiernos revolucionarios, estaban incumplidas y las políticas de austeridad no habían resuelto como habían prometido, los principales problemas del país y sí, en cambio, habían reducido los niveles de vida de las mayorías populares.

El nuevo gobierno mexicano tiene varios retos por afrontar: responder a las necesidades crecientes de la población mexicana (también creciente), recobrar la legitimidad so pena de caer en una situación

de ingobernabilidad, y afrontar lo que le depara el futuro; se integra a los procesos económicos internacionales o queda rezagado con costos muy altos.

Desde la perspectiva gobernante, al parecer es perfectamente posible estas tres cuestiones sin contradicciones. De hecho, el discurso de campaña de Carlos Salinas de Gortari está dirigido a señalar que estos son quizá los principales problemas del país y a ofrecer atenderlos.⁽²⁾ De esa forma, el proyecto económico pretende hacer que México se integre a uno de los bloques económicos que están en formación (particularmente al norteamericano, compuesto por Estados Unidos y Canadá) con la intención de volver al país una potencia intermedia. Bajo esta óptica, propiciar esta integración y regresar a México al camino del desarrollo económico es algo que podrá dar respuesta a las inquietudes que se presentan debido a la insatisfacción de necesidades, al tiempo que permite restablecer parte de la legitimidad perdida y, por supuesto, poner a México en el camino del futuro. De allí que se haya echado a andar el proyecto de modernización que tanto impacto económico, político e ideológico ha tenido en el país.

La importancia de muchas de las medidas económicas y políticas que se han estado tomando referidas a este proyecto del grupo gobernante, así como la crisis que Adolfo Gili ha llamado "de conciencia"⁽³⁾ ha abierto un fuerte debate nacional acerca de la democracia, en el que participan tanto fuerzas y partidos políticos como grupos intelectuales.

Por lo que hace a los partidos políticos, las dos principales fuerzas opositoras (PRD y PAN) tienen lecturas y propuestas diferentes. El PRD, que se considera víctima de fraude electoral, reclama la ilegitimidad del gobierno constituido y señala que el país no puede continuar en la línea de la burla al electorado nacional. Señala, por tanto, la existencia de una profunda crisis política en el sistema y plantea que la única posibilidad que existe es la de la apertura a la democracia, que permita la alternancia del poder. Por supuesto, la oposición mantiene la crítica manejada durante la campaña presidencial contra el proyecto de modernización económica por considerarlo ajeno a los intereses de las clases populares y contrario, por tanto, a los postulados revolucionarios de 1910. Asimismo, mantiene que mediante la democratización política podrá producirse la democratización económica, ya que será factible recuperar la línea nacionalista y antiimperialista de la Revolución abandonada por los gobiernos priístas. Acción

Nacional, por su parte, no tiene una postura tan radical. Para las fuerzas de la derecha, es necesario que el cambio se dé de manera gradual. Aún cuando esa posición implicó fracturas internas serias, Acción Nacional aprobó la reforma electoral promovida por los grupos gobernantes. Este partido considera, también, muy necesaria la adopción de la democracia en México. Pero su discusión está centrada sobre los mecanismos institucionales y legales que hay que establecer para que se garantice el paso democrático pacífico. Por lo que respecta al proyecto económico, Acción Nacional no se ha ocupado mucho.

En el medio académico, el debate ha estado nutrido.⁽⁴⁾ Las posturas son diversas, pero existe, al parecer, acuerdo respecto de una cuestión importante, o el sistema político abre cauces democráticos o, por el contrario, el tiempo de su supervivencia terminará por acortarse vertiginosamente. Desde el planteamiento de la necesidad de transformar el presidencialismo y su correlato institucional, el corporativismo, en aras de una democracia no adjetivada,⁽⁵⁾ hasta la sustitución del partido de Estado por una democracia republicana,⁽⁶⁾ a reflexión académica coincide en el supuesto de que la coyuntura por la que atraviesa el país no es, de ninguna manera, una situación pasajera de la cual el grupo gobernante pueda salir bien librado con la única aplicación de medidas correctivas de la economía. Más bien al contrario, concuerdan en considerar esta situación como un parteaguas histórico en el cual ha surgido una nueva conciencia política que se opone al régimen gobernante.

Así pues, mientras que las fuerzas políticas e intelectuales, en razón de su pertenencia a la sociedad civil, hacen énfasis en la necesidad de la democratización política que permita el acceso de nuevas fuerzas al poder, el grupo gobernante parece tener una postura muy diferente.⁽⁷⁾ Parece que se observa que ha sido la no atención de las necesidades y demandas económicas lo que ha conducido a la situación actual. De allí que con un discurso político muy cercano al que han empleado casi todos los regímenes priístas, se plantee que el proyecto puede responder a las grandes preocupaciones a las que nos hemos referido antes y que puede hacerlo, sin romper con la tradición impuesta por la Revolución Mexicana.

No obstante, el núcleo del grupo gobernante,⁽⁸⁾ parece estar de acuerdo en la necesidad de transformaciones democratizadoras del sistema, aun cuando al hablar de ellas quizá no esté pensando en las

mismas transformaciones de las que habla la oposición. Y esto es interesante, porque es aquí donde se establece la relación entre modernidad y democracia, desde el punto de vista del grupo que gobierna. Porque no obstante que plantea llevar a cabo tareas que desde siempre se han echado a cuestras los gobiernos priístas (descentralización, democratización, desarrollo, etc.), en las condiciones actuales hace pensar que posiblemente se tenga en mente hoy alguna otra estrategia. Por ejemplo, en el artículo aludido, Enrique González Pedrero establece que la reforma del Estado debe contemplar el ensanchamiento de la democracia, lo que, para él, implica que ésta debiera manifestarse en: a) el sistema de partidos; b) los poderes que representan la voluntad del pueblo mexicano, c) poderes e instituciones de los estados de la federación; d) el cuadro de libertades individuales, de las cuales destaca la libertad de asociación y la libertad de expresión. Y al discutir acerca de estos planteamientos hace referencia de dos puntos, a los que pocas veces se ha referido la oposición: *la cultura política* y *la opinión pública*. Es a partir de esto, que, en lo personal, creo que existe un proyecto de apertura por parte del grupo gobernante que, sin ser el mismo que tienen las fuerzas de la sociedad civil, podrían tener puntos de convergencia y, por tanto, discutir algo alrededor de lo que yo llamo *velocidad del cambio*.⁽⁹⁾

Así pues, a grandes rasgos, podemos observar que hoy en México la atención está centrada en la forma en la que deberá establecerse la relación entre modernidad y democracia. Y en el debate, hay una cuestión que está en el centro de la discusión: la necesidad de que se establezca la diferencia entre Estado y partidos -gobernante y de oposición-, entre Estado y sociedad civil. Y ya sea que el cambio que se requiera deba ser implementado de manera más o menos gradual y paulatina, lo que es cierto es que el cambio debe ser *real*, no aparente, es decir, debe conducir a un estado de cosas completamente diferente. Así dicho, aunque suena a verdad de perogrullo, encierra una idea de gran importancia: al país, a su forma de ejercer la política y conducir las relaciones sociales, le hace falta un cambio de lógica; de la lógica patrimonialista pre-moderna a la lógica de la competitividad y la legalidad modernas. Y esto implica, por tanto, retomar las preocupaciones por la construcción de una *cultura política moderna* y de una *opinión pública* igualmente moderna. Aun cuando estas nociones hayan sido referidas por el proyecto gobernante y poco aparezcan en las propuestas de la oposición. Creo que conviene

retomarlas en aras de hacer un correcto planteamiento del rumbo que, a juicio de la sociedad civil, deberá tomar el cambio.

La relación entre modernidad y democracia no es, como se ha visto, una. Existen varias posiciones al respecto. Y su discusión requiere de un primer ejercicio de reflexión propio de una cultura política moderna: clarificar -sin prejuicios ni apasionamientos- cuáles son las principales propuestas, cuáles son los supuestos de los que parten, cuál es el diagnóstico que, implícita o explícitamente, hacen de la realidad nacional; cuáles las posibilidades y los obstáculos reales que se les presentarían; cuáles sus funcionalidades y cuáles sus disfuncionalidades; cuáles sus grupos beneficiarios y cuáles sus no beneficiarios, etc.

De esta manera, me parece conveniente plantear un primer grupo de interrogantes que creo que es pertinente tratemos de resolver con miras a tener un mejor entendimiento de la situación de nuestro país.

¿Cuál es el tipo de modernidad que más le conviene a México?
 ¿Cuáles son las condiciones reales desde las cuales pretende inscribirse en la modernidad del mundo? ¿Tiene posibilidades de insertarse en el mundo en situación de ventajas? ¿Bajo qué premisas? ¿Qué otros países están haciendo un esfuerzo similar al nuestro y qué resultados han obtenido? ¿Es México un país con circunstancias particulares que lleven a pensar que el paso a la modernidad tiene grandes posibilidades de resultar exitoso? ¿Cuáles son esas circunstancias? ¿Qué compromisos implica apelar y valerse de tales circunstancias para echar a andar un proyecto modernizador? ¿Qué elementos internos posibilitan la transición y cuáles no? ¿Qué tan funcional o disfuncional resulta la combinación de factores aceleradores y retardadores? Valerse de los aceleradores y eliminar los retardadores ¿a quiénes beneficia y a quiénes daña? ¿Qué tan éticos son los cambios?

CULTURA POLITICA, COMUNICACION Y DEMOCRACIA

La cultura política mexicana, en correspondencia con las características del sistema que es su soporte, es profundamente autoritaria. Y en consecuencia, basada en un sinnúmero de mitos. La realidad tal como es, difícilmente se puede pronunciar. Es elemento que atenta contra la paz, pues casi todo está basado en falsedades sostenidas a fuerza de repeticiones. Carlos Monsiváis,⁽¹⁰⁾ destaca varias de las formas más conocidas de la cultura política: la convicción de que la causa de la

estabilidad bien vale la cesión de cualquier derecho democrático; la creencia de que la política es una actividad degradada, realizada por individuos degradados; la influencia de los complicados ritos priistas en todas las instancias de la vida del país; el cinismo como método para entenderse con la realidad; la urgencia de salvar al país de una conspiración externa, lo que implica el sacrificio de algún escrúpulo democrático y la institucionalización del doble discurso. Todo esto se debe a que el sustento de la cultura política mexicana es el mito de la Revolución Mexicana (o si se prefiere, la mitificación de la que ha sido objeto la Revolución Mexicana). En la medida en que los diferentes medios de comunicación social del país han surgido en estrecha relación con el poder político,⁽¹¹⁾ y funcionan más como medios de control político que como medios de comunicación propiamente tales, han contribuido de manera significativa a la propagación de esas ideas y a la mitificación del proceso revolucionario.

En la medida en que los gobiernos priistas han identificado al Estado con la Revolución y al partido con la Revolución y el Estado, la mitificación se ha convertido en parte sustancial de la conservación del poder. Y, al mismo tiempo, la defensa del poder establecido se ha convertido en una defensa del Estado y de la Revolución. De esa forma, se han sentado las bases de una cultura política profundamente autoritaria, que rechaza toda demanda democrática por considerar que atenta contra el régimen "defensor de la Revolución". Así pues, la mitificación de la Revolución ha consistido en sustentarla -no tanto a la Revolución en sí misma, sino más bien a la interpretación que en ese momento el régimen en turno tenga de ella- como límite de lo permisible. Y esta imagen ha sido reproducida perfectamente por nuestros medios de comunicación.

Esta cultura ha propiciado que muchas de las manifestaciones de oposición tengan, también, un carácter autoritario. La Revolución Mexicana -y todavía más, la Revolución- se ha convertido, en los grupos de izquierda, la razón de ser, el método, la causa, el límite y todo. En nombre de la Revolución y de la traición que le han cometido los gobiernos priistas, se atropella, se manda a la muerte a mucha gente o se le asesina. De esa manera se han hiperpolitizado muchas de las áreas de la vida social, al grado que la discusión de pequeños puntos concretos de esas áreas, son sometidos a la lógica de la lucha revolucionaria y soluciones concretas se supeditan a la consecución del poder político, para poder dar una "resolución integral", tomando

como punto de partida el concepto de "totalidad" y el de "la última instancia". Oponerse a tal lógica significa ubicarse dentro de la "mentalidad burguesa reaccionaria" y convertirse, de inmediato, en enemigo de la Revolución y, por ende, en sujeto indeseable.

Nacionalista y antilimperialista como lo es la base de nuestra cultura política, ha propiciado que los valores de defensa del país y contra todo tipo de intervenciones, estén profundamente arraigados entre la gran mayoría de la población y, por tanto, la ideología de la izquierda tenga facilidad para arraigarse entre nosotros. Sobre todo, en los grupos de universitarios de clases medias y bajas, aún cuando no es difícil encontrar estas concepciones entre universitarios de clases altas.

Aun cuando hablar de cultura política de oposición es una generalización un tanto gratuita, puesto que no existe *una* oposición en México, sino varias y de diferente tipo (de izquierda, de derecha partidaria, de movimientos sociales, etc.) no por ello no puede hacerse aquí alguna mención a ella.⁽¹²⁾ Creo que nuestra cultura política de oposición -tan autoritaria como la cultura política oficial- adolece de varios defectos que, de alguna manera, han llegado a estar presentes en los medios de comunicación.

a) *Fascinación por el poder*: no obstante ser contestataria y expresión de reclamaciones democráticas provenientes de diferentes sectores de la población, la cultura política que rechaza el oficialismo padece de la veneración hacia el poder que el presidencialismo y el priísmo han desarrollado en México. Así, no obstante que se fundamenta en argumentaciones teóricas que rechazan la explicación de la historia en base a los "grandes hombres", no deja de ser una cultura que idolatra a figuras importantes y, a la vez, permite que en ellos se reproduzcan todos los excesos que son propios de la figura presidencial en México. Tal vez esto se deba a que la mayoría de los liderazgos de oposición en México se han fundamentado en manejos autoritarios del poder y de la imagen de poder;

b) *Beatificación/satanización*; así como la cultura política que se desprende de la lógica gobernante es una cultura que cierra toda posibilidad de diálogo -y, por tanto, de apertura democrática- dado que cualquier crítica que se haga es referida al ámbito de lo incuestionable -la Revolución, el Estado Revolucionario- y no,

como debe ser, al de la realidad concreta, al de los individuos concretos, así, también la cultura opositora maneja la dicotomía de amigos-enemigos, de beatificación y de satanización que, por supuesto, también cierran las puertas al diálogo y al crecimiento democráticos. Si para la cultura priísta es inadmisibile cuestionar la forma en la que se conduce la política nacional porque -a sus ojos- eso significa tanto como pretender atacar al Estado Revolucionario, para la cultura de oposición cuestionar algunos de sus planteamientos es tanto como ser reaccionario y opuesto a los intereses de las clases populares revolucionarias. De cualquier forma, una y otra cultura conducen a la imposibilidad del diálogo. Van haciendo de los actores políticos, entes mudos y gesticuladores, nunca entes que hablen con claridad y sin temor a equivocarse, y que defiendan sus puntos de vista -y, por supuesto, que escuchen los contrarios- de manera racional.

c) *Estatolatría*. Así como los gobiernos priístas han establecido una identificación entre Estado y régimen valiéndose del nombre de la Revolución, la izquierda ha identificado también al Estado con la Revolución aun cuando no necesariamente con el régimen. Esto ha conducido a que en ocasiones se establezcan alianzas con los grupos gubernamentales y, sobre todo, a que se adopte gran parte de la esencia del discurso político gobernante. En este sentido, la izquierda admite casi acríticamente todo planteamiento que sea pro-estado aun cuando en la práctica real eso signifique el debilitamiento de la sociedad civil. Así también, todo proceso de reducción del Estado es entendido, necesariamente, como antirrevolucionario, en razón de la identificación que hemos señalado.

Estos defectos han conducido a que la discusión política opositora tenga por base los siguientes mitos:

1) *El imperialismo como mal del cual se derivan todos los males*: basada en los valores revolucionarios de 1910, la cultura política de oposición continúa considerando al imperialismo como el centro de todos los males, de manera que queda parcialmente obnubilada la discusión de cuestiones internas. Así, por ejemplo, la discusión actual acerca de los posibles desarrollos de la economía, siguen siendo vistos bajo la óptica del crecimiento del imperialismo y se maneja un discurso acerca del desarrollo

independiente que muy difícilmente podría realizarse hoy en México. Bajo esta óptica, poco puede discutirse alrededor de los problemas económicos y políticos internos.

2) *La Revolución como mito*: defensora de las clases populares y de los planteamientos hechos por la lucha revolucionaria, la oposición de izquierda plantea que la Revolución ha sido traicionada por los gobiernos priístas y que, por tanto, lo que le correspondería a un gobierno revolucionario sería retomar las demandas populares consagradas en la Constitución y echar a andar un programa revolucionario. Sea que la izquierda tenga razón o no en el hecho de que ha sido la conducción burocrática y corrupta del proyecto nacional lo que ha impedido la consecución del ideal revolucionario, lo cierto es que el país tiene una configuración muy diferente a la que dio lugar al proyecto de 1910 y esto implica la presencia de actores políticos muy fuertes que desde hace algunos años están incrustados en la estructura del poder y que difícilmente permitirán el regreso al planteamiento revolucionario. Por lo demás, existen condiciones estructurales y coyunturales que hacen poco menos que imposible retomar el proyecto de la Revolución Mexicana tal como éste fue establecido. Sin embargo, la mayoría de la oposición mantiene como bandera la defensa absoluta del movimiento revolucionario, lo que contribuye a fortalecer la estatolatría de la que ya se ha hablado. Quiero evitar malos entendidos, me parece correcta la defensa de los intereses de los grupos a los cuales los mal llamados gobiernos revolucionarios han descuidado y sumido en la miseria, mientras han favorecido el enriquecimiento desmesurado de otros sectores. Lo que me parece es que las condiciones actuales del país y la forma en la que se está presentando la coyuntura mundial, es necesario buscar nuevos esquemas que den justa respuesta y satisfacción a tales requerimientos. De allí que haya necesidad de acabar con la mitificación de la Revolución Mexicana. Con la mitificación, léase bien, no con las aspiraciones propias de los sectores que realizaron la revolución y que hoy, a ochenta años de iniciado el movimiento, han visto que muy poco ha cambiado su situación.

3) *Mítica (y satanizadora) separación entre gobierno e iniciativa privada*: dado que la ideología revolucionaria tiene profundas raíces antimperialistas y proclama un modelo de desarrollo nacionalista en el que el principal beneficiario sea el pueblo y no el capital,

la cultura política de oposición ha encontrado como enemigo natural a la iniciativa privada, hallándola, en la mayoría de las ocasiones, como socio del gobierno corrupto. Sin tratar de excusar a la iniciativa privada de su voracidad, ignorancia e irresponsabilidad social, debemos dejar claro que no es la única responsable de la situación del país, ni tiene por qué ser considerada, necesariamente, como enemigo del país. El problema que acarrea esta separación, es que conduce a ver que en muchas ocasiones (y en el caso de la comunicación social, estamos frente a una de ellas) hay que plantearse una decisión entre si favorecer a la iniciativa privada o al Estado, cuando la separación entre ambos, en el país es más mítica que real. ¿Dónde están los límites del gobierno? ¿No hay relaciones -desde mucho tiempo atrás- que hacen pensar que el gobierno funciona para los intereses de la iniciativa privada? ¿Cuántos funcionarios gubernamentales son, también, empresarios? ¿Y viceversa?

Todas las cuestiones que hasta aquí hemos venido sosteniendo son relevantes si atendemos lo que decíamos al principio, que los medios de comunicación social son una fuente importante de cultura política y además por la historia y trayectoria de estos medios, han estado muy ligados a los intereses gubernamentales o muy identificados con intereses de la oposición. De esa forma, cuando en los medios se observa el debate alrededor de alguna cuestión de interés nacional, es más posible observar discusiones alrededor de algunos de estos mitos que de problemas y realidades concretas.

Decíamos anteriormente que dos cuestiones importantes a ser tratadas como parte importante del debate que debemos sostener acerca de la forma en la que se debe avanzar democráticamente hacia la modernidad son los conceptos de cultura política y de opinión pública. En los tiempos actuales, no se trata simplemente de tener por meta la consecución del poder. Las definiciones del rumbo que habrá de tomar el país no pueden delinearse después de haber llegado al poder. La consecución del poder debe ser una meta mediada por la idea de proyecto que se desea establecer. Esto requiere de varias cosas:

- a) antes que anda es necesario que se tenga claridad acerca de la historia contemporánea. Es necesario, como apuntábamos en las preguntas que se establecieron al final de la sección anterior,

que se perciba el movimiento de la historia. Hoy, las transformaciones son mundiales y lo que ocurre en una parte del mundo, aún cuando se explique desde la especificidad histórica del lugar en el que aquello está ocurriendo, no es independiente de las diversas -e igual y específicamente históricas- transformaciones que están sacudiendo a las otras regiones del mundo;

b) esto, a su vez, requiere que se tenga una *visión histórica integral* que fusione el pasado, el presente y el futuro. De manera que se plantee lo que a futuro se desea, sin menoscabo de lo que somos porque hemos sido, y de lo que podemos ser, porque somos.

c) conciencia de que anda de esto puede ser conseguido sin la existencia de la voluntad política,⁽¹³⁾ que implica conocimiento y consenso.

Lo hasta aquí expuesto significa que una de las tareas fundamentales que deben ser desplegadas hoy por los medios, es la de avocarse a poner la semilla de una nueva cultura política, más madura, más reflexiva, más analítica, más crítica, menos prejuiciosa, que conduzca a que los grupos políticos asuman con mayor responsabilidad su función de proponer proyectos que conduzcan los procesos políticos y sociales de nuestro país.

Esto nos lleva, de inmediato, a conectarnos con el problema de la opinión pública al que hemos hecho referencia anteriormente y en varias ocasiones. Quiérase o no, la opinión pública será una fuerza de enorme importancia en el futuro mediato, pero también en el inmediato. Aspirar a ser un país moderno, cualquiera que sea el sentido que se le quiera otorgar, pero que necesariamente deberá significar cambio en las estructuras económicas y políticas hoy existentes, requiere, necesariamente tener un pueblo informado, crítico y con elementos para poder decidir qué rumbo habremos de tomar. Porque, también quiérase o no, en el futuro -mediato e inmediato- la importancia del voto ciudadano empezará a adquirir relevancia e importancia en nuestro país, al igual que está ocurriendo en el resto del planeta, incluido el mundo socialista. De esa forma, el futuro del país no puede seguir siendo dejado en manos de minorías autoritarias, que valiéndose del usufructo que hacen de su poder y de la escasa cultura electoral con que cuenta el país, imponen una visión unilineal y muy acorde con sus intereses. Es urgente contar con un pueblo que sea

capaz de identificar metas, definir aspiraciones y proponer proyectos. Es decir, se requiere de una opinión pública moderna, renovada, que esté acorde con el nuevo país que deseamos tener.

De acuerdo con lo que hasta aquí ha sido expresado, podemos decir que en términos comunicacionales, el paso hacia el futuro de México está siendo establecido de la siguiente manera:

a) se ha optado ya por un proyecto que no ha sido definido por la mayoría del pueblo mexicano, sino por un grupo de especialistas que gracias y debido a las características autoritarias de la estructura política del país, no ha necesitado -ni intentado- consultarlo;

b) está siendo aprobado o rechazado por partidos políticos que deciden posturas autoritariamente de acuerdo con sus cúpulas, y nunca en base a la consulta y el consenso. Además, tanto la aceptación como el rechazo surgen de intereses políticos y personales de los encargados de delinear las estrategias de aceptación o reprobación;

c) está siendo discutido dentro de las élites intelectuales, las cuales abiertamente expresan pros y contras de las diferentes posturas. Queda por definirse aún la importancia y el impacto que estas discusiones puedan tener dentro del esquema de toma de decisiones;

d) está siendo publicitado por unos medios de comunicación que, en general, parecen estar más comprometidos con intereses económicos y políticos -propios o ajenos- que con los intereses y las necesidades de las audiencias que, según dicen y debería ser, son su razón de ser.

De esa forma, podemos decir que la opinión pública, carente de una cultura política democrática, parece estar a un lado de este tan importante debate, debido básicamente a las siguientes cuestiones:

a) el autoritarismo gubernamental que no tiene interés en abrir la discusión y que, por tanto, no obstante que se autodenomina como "modernizador" no ha reducido el control que tradicionalmente el gobierno ha ejercido sobre los medios de comunicación.

b) una carencia de conciencia histórica integral en la generalidad de los medios de comunicación social de México, de manera tal que la información por ellos ofrecida y la discusión que de allí se desprende, está más cercana a los intereses económicos y políticos

antes señalados y, por tanto, asentadas más sobre mitos que sobre realidades,

c) desinterés en la gran mayoría de la población, quizá como producto de la ya muy conocida historia de aquí siempre pasa lo que los poderosos quieren, aun cuando por supuesto, esto ya no es tan generalizable ni a todas las regiones del país, ni a todos los sectores sociales y grupos políticos que hoy existen.

De esta manera, las necesidades de información que tenemos, hoy en el país no pueden ser satisfechas por las fuentes de información que, basadas en una cultura política autoritaria, se ocupan poco de generar un debate realmente democrático.

Así pues, paso a plantear un segundo grupo de interrogantes que, a mi juicio, resultan pertinentes para la discusión de la relación que la comunicación social, en tanto fuente de cultura política y generadora de opinión pública, guarda con el problema mayor y central de ese encuentro, la Democracia:

¿Cuáles son las bases de las culturas políticas hoy existentes en nuestro país? ¿Cuáles deberán ser las bases de las nuevas culturas políticas? ¿Es posible pensar que en México podrá ser establecida una discusión más racional y democrática, tomando en cuenta las profundas raíces del autoritarismo de nuestro país? ¿Cuáles deberán ser las exigencias y los compromisos que las diferentes partes de nuestra sociedad tendrán que plantear, plantearse y asumir, con el fin de generar una cultura política democrática y una opinión pública más madura? ¿Cuáles son los pasos -y cuál el itinerario de ellos- que deberán plantearse para que tales metas sean conseguidas? ¿Cómo posibilitar que tal cultura política y tal opinión pública puedan participar -del debate que debe existir permanentemente acerca de nuestro acercamiento a la modernidad y al futuro?

CONCLUSIONES

Quizá las mejores conclusiones que puedo ofrecer son los grupos de preguntas que he planteado al término de cada una de las secciones de este trabajo. Sin embargo, y con el fin de no eludir el compromiso que sintetizar y hacer algunas proposiciones de mi parte, haré algunos señalamientos a manera de conclusiones:

a) México está urgido hoy de transformaciones de todo tipo. Requiere enfrentar algunos retos y, seguramente, la premisa que permitirá que México dé el salto hacia esa modernidad, o definitivamente pierda su oportunidad, lo es la Democracia;

b) el gobierno actual ha echado a andar un proyecto modernizador, que si bien contiene propuestas interesantes, ha sido decidido autoritariamente, de acuerdo y debido a las características del sistema político autoritario que es propio de nuestro país;

c) ni en la definición, ni en la ejecución del proyecto, ha participado la mayoría del pueblo;

d) la discusión del proyecto está dada básicamente en el grupo gobernante -en términos de decisiones a ser tomadas, y entre grupos intelectuales, en términos de implicaciones económicas, políticas y sociales y cuyos efectos son desconocidos.

e) la opinión pública nacional sólo recibe información de los medios de comunicación, que carece de lo que aquí llamamos "visión histórica integrada" y que se encuentra determinada básicamente por una serie de mitos que son el alimento de la cultura política autoritaria que caracteriza a la mayoría de ellos;

f) es necesario, por tanto, empezar a discutir acerca de la necesidad de fomentar en nuestro país una cultura política democrática y una opinión pública madura, lo que implica varias cosas:

1) la necesidad de que exista presión política y social para que el gobierno transforme sus políticas de control hacia los medios de comunicación;

2) la necesidad de que las investigaciones de comunicación, los seminarios, las cátedras, los diferentes medios y la población empiecen a pensar en un nuevo tipo de medios de comunicación que ubiquen correctamente los procesos del país dentro de la trayectoria histórica del mundo contemporáneo, como de nuestra propia manera de ser.

Sólo así México estará en condiciones de crecer y madurar en su cultura política y, en consecuencia, sólo así podrá debatir y escoger un más justo y compartido camino democrático hacia la modernidad.

NOTAS

1 Aquí estoy haciendo referencia, por supuesto, a la conocida teoría de 'Agenda Setting' (o 'Construcción de Temario' como ha sido traducida por algunos) según la cual, si bien no podemos llegar a afirmar que los medios pueden hacer que creamos alguna u otra cosa, de lo que sí podemos tener certeza es de que los medios consiguen que hablemos acerca de lo que ellos han publicitado. Para el efecto consúltense publicaciones de M. McCombs y D. Shaw en *Public Opinion Quarterly* (vol. 36, 1972), *Mass Communication Review Yearbook* (vol. 2, 1981) y otros. Véase también Wolf M. *La Investigación de la Comunicación de Masas*, Barcelona, Paidós, 1987.

2 Lo fundamental de la campaña salinista puede decirse que se resume en los cuatro discursos más importantes de ella y en los que se ocupa de plantear los cuatro retos fundamentales que debería afrontar su gobierno: "El reto de la soberanía" (pronunciado en Cuatrociénegas, Coah., en febrero de 1988); "El reto de la democracia" (pronunciado en Puebla, Pue., en abril de ese año); "El reto de la justicia" (pronunciado en Chalco, México, en mayo) y "El reto económico" (pronunciado en San Pedro Garza García, N.L. también en mayo). Estos cuatro discursos fueron recogidos por la editorial Diana y publicados en forma de libro (*El reto*) en junio de 1988.

3 Cf. "Fin de régimen, fin de época" y "El régimen en su dilema", en *Nexos* 133 (enero 1989) y 146 (febrero 1990).

4 Véase, por ejemplo, entre otros: Aguilar C., Héctor: *Después del milagro*, México, Cal y Arena, 1988; Cordera C., Rolando y otros (coords.): *México: el reclamo democrático*, México, Siglo XXI e Ilet, 1988, Córdova Arnaldo: *La nación y la Constitución. La lucha por la democracia en México*. México, Claves Latinoamericanas, 1989; Escobedo, Juan H. y otros (coords.): *México hacia el siglo XXI. Visión de una generación*, México, SEP-CREA-UAM, 1988; Gili, Adolfo: *Nuestra caída en la modernidad*, México, Nueva Imagen, 1987; Gili, Adolfo: *La larga travesía*, México, Nueva Imagen, 1985; González, C. Pablo y Cadena, Jorge: *Primer informe sobre la democracia*, México, Siglo XXI, 1988; Krauze, Enrique: *América Latina: las desventuras de la democracia*, México, Mortiz, Planeta, 1987, Krauze, Enrique: "Personas e ideas", México, Vuelta, 1989. Remitirse, también a las varias publicaciones de reflexión académico-político que circulan por el país, de las que destacan *Nexos* y *Vuelta* y en las que connotados analistas

han estado alimentando el debate. Entre ellos, Héctor Aguilar C., Enrique Krauze, Octavio Paz, Adolfo Gili, Soledad Loaeza, Lorenzo Meyer, Jaime Sánchez Susorrey, Enrique González Pedrero, Juan Molinar H., por sólo citar algunos.

5 Cf. Sánchez Susorrey J. "¿Corporativismo o democracia?" *Vuelta* 136, marzo de 1988.

6 Cf. Gili, Adolfo: "El régimen en su dilema", loc. cit.

7 En una versión muy sintética, pueden observarse las principales líneas de reflexión del equipo gobernante en el artículo "La Reforma del Estado" de Enrique González Pedrero, en *Nexos* 146, de febrero de este año.

8 Hago esta referencia porque es ampliamente conocido que un numeroso y fuerte sector del grupo gobernante y de las fuerzas que componen la burocracia estatal y del partido (los "dinosaurios") no comparten en absoluto la creencia en la necesidad de apertura.

9 Esto no pretende ser un concepto. Es sólo una idea incipiente que no ha sido trabajada, que requiere muchísima reflexión y que aquí sólo es mencionada porque, además, no es sitio ni momento para discutirla.

10 Cf. "Notas sobre la cultura política en México", en Cordera C., Rolando y otros, *México: el reclamo democrático*, op. cit. pp.- 383-387.

11 Al respecto, puede consultarse Fernández, Fátima: *Los medios de comunicación masiva en México* y Arredondo, Pablo y Sánchez R. Enrique. *Poder, democracia y comunicación en México*.

12 En ese sentido lo mismo podría afirmarse de lo escrito por Monsiváis. Aquí quiero dejar en claro que no demerito en absoluto los planteamientos de Carlos Monsiváis. Al contrario, creo que su reflexión es muy válida y sugerente. Lo que quiero decir es que a los planteamientos de Monsiváis cabe señalar que de lo que él habla es de una manifestación de la cultura política mexicana, pero qué hay atrás.

13 No me refiero, por supuesto, al concepto voluntad política como comúnmente se maneja en el ámbito político, especialmente el oficial, en el sentido de aceptar casi incondicionalmente las determinaciones desprendidas de los núcleos superiores de los grupos de poder. Por el contrario, lo asumo, como puede desprenderse del texto, en un sentido opuesto, la voluntad política es la decisión mayoritaria a participar en un proyecto como producto de la existencia de consenso, lo que implica, propuesta, discusión, negociación, acuerdo y decisión a participar en la acción.